

tamos, corramos donde la orden que Dios nos ha dado, donde el precepto que Dios nos ha hecho, donde su santa voluntad y la obediencia nos llama.

Peticion y coloquio.

Haced, ó Dios mio, que de mi prontitud, de mi exactitud, de mi ejemplaridad, de mi fervor, se conozca que os amo: haced que de esto sea edificado el prójimo, y que yo mismo sea fortificado en el amor de vuestro santo servicio... Amen.

MEDITACION CCXCI.

DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES DESPUES DE LA CENA.

(Joan. xv, 1-8).

JESÚS SE COMPARA Á LA CEPA DE LA VID.

1.º De la operacion de Dios sobre los sarmientos de la vid; 2.º de la necesidad que hay de que los sarmientos estén unidos á la cepa; 3.º de la suerte de los sarmientos.

PUNTO I.

De la operacion de Dios sobre los sarmientos de la vid.

Es creible que el Salvador luego que hubo pronunciado las últimas palabras se levantase de la mesa y saliese con sus Apóstoles, y que estando estos en pié al rededor de él, hiciese antes de salir de la casa el discurso y la oracion que refiere san Juan en los tres capítulos á que damos principio. Unámonos á estos santos discípulos, escuchemos con respeto las últimas instrucciones de nuestro divino Maestro, y pidámosle la gracia de comprenderlas y de aprovecharnos de ellas... «Yo soy la verdadera vid: mi Padre es el labrador...» Jesús es la verdadera vid, aquella vid por excelencia que ha producido aquel vino delicioso que ha lavado y santificado al mundo, que nos fortifica en la Eucaristía, y que es las delicias de los Santos en el cielo, y les confiere la bienaventurada inmortalidad. Dios es el labrador que se encarga de la cultura de esta vid. Jesús en su humanidad se ha abandonado enteramente en las manos de su Padre y á la cultura de este divino Labrador. Ha pasado por todas las pruebas á que lo ha conducido la Providencia, y en todo lo que ha dicho ó hecho se ha conformado enteramente con su divino querer. Hé aquí nuestro modelo: escuchemos ahora á nuestro Maestro, y aprendamos las operaciones del Labrador celestial.

1.º *Sobre los sarmientos estériles...* «Todo sarmiento que en mí

«no lleve fruto lo quitará...» Judas es en este mismo tiempo un terrible ejemplo; fugitivo de la compañía de Jesús, excluido del cuerpo apostólico, separado de la Iglesia, una muerte funesta, seguida de una eterna reprobacion, está para poner el colmo á su desgraciada suerte. Nosotros por el Bautismo estamos en Jesucristo: estamos en él por un modo particular y distinguido, por el sacramento del Orden, por los votos de la Religion, por cualquier estado de santidad que podamos haber abrazado. Si no cumplimos nuestras obligaciones, Dios el Padre nos separará de su Hijo, ó permitiendo que caigamos en la herejía, en el cisma, en la apostasia, en la irreligion, en los desórdenes del siglo, en la dureza del corazon, ó quitándonos de este mundo y privándonos de una vida de que continuamente abusamos. Este es un castigo que Dios ejercita cada dia delante de nuestros ojos, sobre que no hacemos reflexion, y que debia ciertamente llenarnos de un saludable temor. ¡Ay de mí! ó Dios mio, ¡cuántas veces he merecido yo que usáseis esta severidad conmigo! Si me habeis perdonado hasta ahora, es un exceso de vuestra misericordia de que ya no abusaré jamás.

2.º *Sobre los sarmientos fértiles...* «Y todo aquel que diere fruto, «lo limpiará para que dé mas fruto...» Dios tiene cuidado de purgar y podar los sarmientos fértiles con golpes de una providencia severa pero benéfica; tales son las cruces, las aflicciones, las persecuciones, las desgracias, la pérdida de los bienes, el trastorno de los proyectos de fortuna ó de ambicion, la privacion de las comodidades de la vida y aun de las dulzuras espirituales; tales son tambien las enfermedades, una sanidad débil, la separacion de las personas amadas y aun útiles, y tantos otros medios de que la Providencia se sirve para purificar nuestro corazon, para despegarnos de las criaturas, para hacernos llevar frutos de virtud mas puros y mas abundantes. Cobremos el hábito de mirar bajo de este punto de vista las diferentes desgracias de la vida. Reconozcamos que en muchas ocasiones obra Dios de tal manera con nosotros para nuestro provecho. Sea nuestro cuidado el darle gracias y abandonarnos á los cuidados de su divina Providencia... Cortad, ó Dios mio, cortad, quitad, alejad de mí todo cuanto podria poner obstáculo á mi perfeccion, é impedirme llevar aquellos frutos que Vos quereis que lleve... Dios limpia tambien y poda los sarmientos fértiles con la santidad de su palabra... «Vosotros ya estais limpios, en virtud de «la palabra que os he anunciado...» No habian sido á la verdad accidentes imprevistos ó desgracias temporales las que habian apar-

tado á los Apóstoles del siglo para unirse y seguir á Jesucristo ; fue sí la santa palabra que les habia anunciado , la fe que tenian en él y en sus divinas promesas... Nosotros tenemos esta santa palabra : ¡ah! si la meditásemos bien , si la practicásemos , cuántas cosas nocivas y supérfluas habria ella purgado en nosotros!... Esta palabra nos manda el amor de Dios y el amor del prójimo , la pureza , la dulzura , la humildad , la paciencia , la mortificacion de nuestros sentidos y de nuestras pasiones , el recogimiento , la oracion , la rectitud de intencion , la union con Dios. ¿Qué progresos hemos hecho nosotros en estas virtudes? Lo que nos ha impedido el hacerlos es precisamente lo que la palabra de Dios debe cortar en nosotros , si queremos tener parte en el elogio de los Apóstoles , si queremos que nuestro Salvador y nuestro Juez nos declare puros , y no culpados y dignos de castigo.

PUNTO II.

De la necesidad que hay de que los sarmientos estén unidos á la cepa.

1.º *Sin esta union no pueden llevar fruto...* «Manteneos en mí , y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede por sí mismo dar fruto , si no se mantiene en la vid , así tampoco vosotros , si no os «manteneis en mí...» Estemos con Jesucristo , y obtengamos de él que more en nosotros , conservando nuestro corazón en la fe , en la gracia y en el recogimiento. El que ha perdido la fe de la Iglesia en vano presume de sus buenas obras : separado de Jesucristo , es imposible que lleve fruto alguno de una bondad sobrenatural y digna de Dios. Todo lo que él hace va siempre viciado del estado de indocilidad , de orgullo y de rebelion en que persevera. El pecador que tiene la fe sin tener la gracia tampoco puede hacer cosa que sea meritoria para la vida eterna. Todo el tiempo que pasa en esta funesta separacion es un tiempo perdido para el cielo. No queda que hacer á los unos y á los otros , sino volver prontamente á Jesucristo , y mantenerse constantemente unidos á él con los vínculos de la fe y de la gracia... Á esta union esencial , y de que aquí habla Jesucristo , añadamos la union que se tiene con Jesucristo por medio del recogimiento interno. ¡Oh y qué pocos frutos lleva una alma disipada en comparacion de una alma unida á Dios por el recogimiento! ¡Cuántas buenas y santas obras , al considerar solo el externo , se hallan viciadas por defecto de intencion , de diligencia , de atencion , de exactitud ; frutos infelices de la disipacion habitual en que se vive!

2.º *Por medio de esta union llevan mucho fruto...* «Yo soy la vid , vosotros los sarmientos : el que se mantiene en mí , y yo en él , «este lleva gran fruto , porque sin mí nada podeis hacer...» ¡Oh union admirable , union divina de los cristianos con Jesucristo ! Hacen con él un solo y un mismo cuerpo , una sola y una misma vid. Jesús es la cepa , nosotros somos los sarmientos. De esta cepa divina se difunde la gracia como un jugo exquisito y se esparce en nosotros , nos sirve de nutrimento , causa nuestro aumento y nuestra fertilidad. Sin la gracia de Jesucristo nosotros nada podemos , nada es todo cuanto hacemos ; pero estando unidos á él , y obrando por su gracia , ¡qué abundancia de frutos no han llevado los Apóstoles , los Mártires , los Santos , los cristianos fervorosos ! Todos sus pasos , todas sus palabras , todas sus acciones , todos sus sufrimientos han sido delante de Dios frutos deliciosos conservados para la vida eterna. ¿Quién impide que nosotros tambien llevemos frutos en abundancia ? Moremos en Jesucristo por medio de la fe , de la caridad y de la oracion , y Jesucristo morará en nosotros , y nos hará llevar los mismos frutos que han llevado los Santos.

PUNTO III.

De la suerte de los sarmientos.

1.º *De los sarmientos que se separan de la cepa...* «El que no permanecié en mí será arrojado fuera... Se secará , y lo cogerán , y lo echarán en el fuego , y arderá...» Consideremos bien todas estas palabras , observemos todos los grados por los que se baja al abismo , y veamos si nosotros no tenemos ya acaso un pié en el precipicio... 1.º *Será arrojado fuera...* ¿No hemos incurrido nosotros las censuras de la Iglesia por lecciones de libros prohibidos ó por discursos temerarios ? ¿No hemos profanado ó abandonado el estado á que Dios nos ha llamado ? ¿No hemos perdido su gusto y su espíritu ? ¿No nos apartamos por ventura de los Sacramentos , de la oracion , de los oficios divinos , de la compañía de las personas buenas y fervorosas , y de los verdaderos católicos , por hacer liga con los pecadores , con los que no aman ni la virtud , ni la piedad , ni la Iglesia ? Y hé aquí *arrojados fuera...* 2.º *Se secará...* ¿Qué cosa es aquella habitual indevotion en que vivís , aquella insensibilidad á las cosas de Dios , aquel estado de disipacion continua ? ¿no es el sarmiento que se seca ? 3.º *Lo cogerán...* Hé aquí la muerte á quien nada se escapa , que lo recogerá todo , que destruye los cuerpos , pe-

ro que presenta las almas á su Criador, sin que alguna pueda ó pe-
recer ó echarse fuera de su justicia... 4.º *Lo echarán en el fuego...*
Hé aquí el juicio que se pronunciará y se ejecutará contra los sar-
mientos separados, estériles y secos... 5.º *Arderá...* Hé aquí la suerte
para la eternidad... ¡Oh y de qué peso son todas estas verdades!

2.º *De los sarmientos que estarán unidos á la cepa...* «Si os man-
«tuviéreis en mí, y guardáreis mis palabras, cualquiera cosa que
«quisiéreis la pediréis, y se os concederá. En esto es glorificado mi
«Padre en que lleveis mucho fruto, y seais mis discípulos...» El que
está unido á Jesucristo observa su ley é imita sus ejemplos... 1.º Tie-
ne derecho para pedir todo cuanto querrá para su santificación, y
está seguro de obtenerlo, y aun de obtener alguna otra cosa mas
útil que la que pide; con que la culpa es nuestra, y es una culpa
bien grande si hemos adelantado tan poco en la perfeccion. ¡Ay
de mí!... nosotros no comprendemos todo el valor de esta prome-
sa... 2.º *Glorifica á Dios...* Aquel Dios que ve con desprecio y aun
reprueba todas las pompas del mundo y los hechos esclarecidos que
el mundo admira, este gran Dios se glorifica en un alma sencilla
unida á Jesucristo, halla su gloria en las virtudes oscuras de esta
alma fiel, y en las mas mínimas acciones que ella hace por él. ¡Qué
noble motivo para animarnos!... 3.º *Se enriquece á sí mismo...* El
fruto que él lleva por la gloria de Dios hace tambien su riqueza y
su mérito. Hé aquí por qué debe pedir con ardor, y está seguro de
obtener; porque todo lo que obtiene sirve para la gloria de Dios
que se lo concede. ¡Oh comercio divino! ¡oh relacion admirable de
nuestra felicidad, con la gloria de Dios! 4.º *Honra á Jesucristo...* Lo
honra delante de los hombres, mostrándose su discípulo con los he-
chos; lo honra en sí mismo, porque solo por la union que tiene con
él lleva fruto, y porque pide solo por su espíritu, y obtiene solo por
sus méritos... 5.º *Reinará con Jesucristo...* ¿Dónde debe ir á parar
una vida tan santa, tan abundante de virtudes, tan unida con Dios?
Jesucristo mismo nos lo ha dicho. «Donde estoy yo, allí estará tam-
«bien el que me sirve...» Confrontemos ahora estas dos vidas; la vi-
da de los que se separan de Jesucristo, y la de los que se mantie-
nen unidos á él: y confrontemos tambien la suerte eterna de los
unos y de los otros.

Peticion y coloquio.

Ó Dios, ¿es posible que tantas almas hagan una eleccion tan ma-

¹ Joan. XII, 26.

la? ¿cómo, pues, la he hecho yo? ¡Ah! vuelvo á Vos, ó Jesús,
á Vos me uno; concededme la gracia de que no me separe jamás...
Amen.

MEDITACION CCXCII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á LOS APÓSTOLES DESPUES DE LA CENA.

(Joan. xv, 9-17).

1.º Del amor que Jesucristo nos tiene; 2.º de la caridad fraterna; 3.º de la
dignidad de los cristianos.

PUNTO I.

Del amor que Jesucristo nos tiene.

1.º *De la naturaleza de este amor...* «Como el Padre me amó, así
«yo os he amado...» Dios es todo caridad y amor, y la religion cris-
tiana es tambien caridad y amor en Dios. Hé aquí el orden de esta
caridad infinita de Dios. Jesucristo es el Hijo de Dios único y amado.
Su humanidad estando unida al Verbo en unidad de persona es el
solo objeto digno por esta union del amor infinito de Dios. Jesucris-
to de su parte siendo hombre como nosotros nos ama con el mismo
amor con que á él lo ama su Padre, y nos comunica, por decirlo así,
este amor infinito. Nos ama por la misma razon por la que él es ama-
do; esto es, por razon de la union que nosotros tenemos con él, como
él es amado por razon de su union con la Divinidad; nos ama por el
mismo fin por que él es amado; esto es, por la gloria de Dios, y por
procurarnos una gloria eterna. Nos ama con las mismas condiciones
con que él es amado; y estas condiciones son que nosotros lo ame-
mos, y que amemos á su Padre como él mismo lo ha amado. ¡Qué
bello plan de religion! No lo han inventado de cierto los hombres:
él es efecto de la caridad infinita de Dios. ¡Qué felicidad ser cristia-
nos, conocer estas sublimes y afectuosas verdades, y estar en el amor
de Jesucristo, en el amor de Dios! Alégrate, pues, alma mia, y no
quieras ya gozar placer alguno sobre la tierra; te basta gozar del
amor de tu Dios.

2.º *De la conservacion de este amor...* 1.º Esta conservacion es
importante... «Manteneos en mi caridad...» Manteneos en la pose-
sion de mi amor y de mis gracias. En este amor tenemos nosotros
todos los bienes del tiempo y de la eternidad; estamos libres de to-
dos los males, y seguros de todo temor. Sin este amor estamos en po-
der de todos nuestros enemigos; nuestro corazon está arrastrado,

nuestra alma envilecida; nos rodean los peligros de la muerte, y el infierno espera solo la hora de nuestro tránsito para tragarnos... 2.º *Ella es difícil...* Pide cuidado grande y atención. No basta haber vuelto á entrar en gracia de Dios por la penitencia; conviene continuar en ella y mantenernos... Es fácil empezar; pero es difícil perseverar... El demonio, la carne, el mundo nos solicitan continuamente para apartarnos de este amor; pero con todo eso es necesario perseverar en él hasta la muerte. Traigamos, pues, frecuentemente á la memoria, y principalmente en el tiempo de la tentación, esta palabra de nuestro Salvador... «Manteneos en mi caridad...» Y fortificados con este dulce convite resistamos valerosamente á todo... 3.º *Ella depende de la observancia de la ley de Dios...* «Si observáreis mis mandamientos, os mantendréis en mi amor; así como yo también he observado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor...» Este es medio seguro, nos lo da Jesucristo mismo. No es así con los grandes de la tierra. La injusticia, el capricho, la cábala nos hacen muchas veces perder su favor en el tiempo mismo que nos aplicamos á ejecutar mas exacta y puntualmente su voluntad y su querer... Medio único... En vano nos consumiremos en ayunos, en penitencias, en oraciones, en el celo, en los trabajos por la salvación de las almas, todo es inútil; si no observamos la ley de Dios, caeremos de su gracia y de su amor... ¡Ah! no nos engañemos; á esto deben enderezarse todas nuestras acciones... Medio dulcísimo, principalmente despues que Jesucristo nos ha dado el ejemplo. ¿Y qué cosa puede haber mas racional y mas justa que el observar los mandamientos que nuestro Criador nos ha dado, y nos ha renovado nuestro Salvador? ¿Qué cosa puede ser mas dulce que observarlos á ejemplo de nuestro Salvador, que él mismo ha observado con tanta exactitud y á tan grande costa los mandamientos de su Padre, y que por eso se ha mantenido en su amor? ¡Ah! ¡qué vergüenza, qué pecado para nosotros, si á este precio no seguimos un tan grande ejemplo!

3.º *Del fruto de este amor...* «Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo...» ¿Y quién no se colmaria de gozo oyendo decir á Jesucristo que él nos ama como su Padre lo ha amado? Pero 1.º ¿cómo está en nosotros el gozo de Jesucristo? El gozo de Jesucristo está de dos maneras en un alma que es fiel en observar su ley... Primeramente el gozo se halla en ella en cuanto que esta alma no tiene otro gozo si no es en Jesucristo, que es el solo objeto de su amor, en cuanto que no siente otro pla-

cer que el que siente Jesucristo. Ella se alegra con él de sus grandezas y de todos sus misterios, de su misma muerte y de su cruz, por la gloria que de todo esto le ha resultado. Se alegra de procurar la gloria de Dios, la salvación de las almas, el aumento y exaltación de la santa Iglesia. Se alegra de tener alguna parte en los sufrimientos de Jesucristo, y en las buenas obras que se hacen por su gloria. En segundo lugar, el gozo de Jesucristo está en esta alma, en cuanto que Jesucristo se complace en ella; se gloria de su amor y de su fidelidad en servirlo, en cuanto que tiene con ella sus delicias, y pone su complacencia en iluminarla, en purgarla, en adelantarla y en purificarla. ¡Oh qué gran dicha! ¿Y por qué no me hago yo digno de ella por medio de una práctica fiel de la ley de Dios?... 2.º ¿En qué modo puede ser cumplido nuestro gozo? Lo es primeramente en esta vida. El gozo de un alma que sirve á Dios con fidelidad es cumplido y perfecto y se perfecciona cada dia, porque viene de Dios, porque está en el fondo de nuestra alma, porque llena toda su capacidad, porque no deja en ella algun vacío ó alguna entrada á cualquiera otra cosa que la pueda turbar, porque está independiente de todos los accidentes humanos, porque todo lo nutre, todo lo mantiene, todo lo aumenta. La penitencia, las lágrimas, las cruces, las tribulaciones son su alimento. En segundo lugar, en la otra vida. Allá el gozo de un alma fiel será lleno, perfecto y cumplido con Jesús en Dios. ¡Ah Señor! ¡será verdad que mi corazón se esté siempre insensible á tan grandes objetos! ¡Qué diferencia entre este gozo santo, sólido y eterno, y los gozos de la carne y del mundo! Estos están siempre llenos de tumulto, de temores, de inquietudes, de remordimientos, de sospechas, de contradicciones, de traiciones, de disgustos y de desesperación en esta vida, y despues se les sigue un suplicio eterno en la otra. Muy mal entienden su interés propio los que se apartan de Jesucristo, los que temen dedicarse á él y consagrarse á su amor. Dios quiere que yo tenga este gozo; por esto justamente ha dicho todas estas cosas. ¿Seré yo, pues, tan ciego que lo deseche y no lo quiera?

PUNTO II.

De la caridad fraterna.

1.º *De la naturaleza de este amor...* «Mi mandamiento es este, que os améis los unos á los otros como yo os he amado... Contínuos aquí el orden y enlace de la caridad de Dios...» Dios ama

á su Hijo nuestro Señor Jesucristo, de su parte Jesucristo nos ama como su Padre lo ha amado á él. Aquí no se para la caridad de Dios; ella anima todos los miembros de Jesucristo, y como de Jesucristo ha pasado á nosotros, así de cada uno de nosotros debe pasar á nuestro prójimo, á nuestros hermanos, y de nuestros hermanos volver á nosotros, para hacer de todos nosotros un solo y un mismo amor en Dios por Jesucristo. La caridad, pues, con que nos amamos mutuamente los unos á los otros, y que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, es la misma caridad por la que Dios ama á Jesucristo, y por la que Jesucristo nos ama á nosotros; por la que nosotros amamos á Jesucristo y amamos á Dios. No es, pues, cosa sorprendente que Jesucristo llame precepto suyo el precepto de la caridad fraterna; pues es este el nudo y el canal de esta divina caridad, y es su premio y excelente modelo. De aquí podemos comprender la necesidad intrínseca de la caridad fraterna; pues el que no la tiene, tampoco tiene en sí la caridad de Jesucristo ni la caridad de Dios. Comprendamos el motivo y el fin de esta caridad, que son los mismos que de la caridad de Jesucristo para con nosotros: esto es, la union que tienen los hombres, ó que pueden tener con Jesucristo, y por él con Dios, la gloria y la voluntad de Dios, y la salud eterna de nuestro prójimo. Finalmente, comprendamos la excelencia de esta virtud, porque no es diferente de la caridad que nos hace amar á Dios, ella es su cumplimiento necesario; y de todas las virtudes ella sola debe subsistir en el cielo. Allá reunirá todos los bienaventurados con Jesucristo en Dios, y será su eterna felicidad despues de haber hecho su mérito sobre la tierra.

2.º *De los efectos de este amor...* «Ninguno tiene mayor caridad «que esta del que da su vida por sus amigos...» por los que ama. Hé aquí el último esfuerzo de la caridad y el mas alto punto á que pueda subir. Hasta allí ha subido la caridad de Jesucristo, muerto en cruz por nosotros; hasta allí la de los Apóstoles y de los Mártires, que han dado su vida por conservar y enviar hasta nosotros el depósito de la fe; desde allí llega aun hasta nosotros y entre nosotros la caridad de los sucesores de los Apóstoles, de los pastores de las almas, de sus coadjutores en el sagrado ministerio, de tantas personas del uno y del otro sexo que, cada una segun su estado, sacrifican sus bienes y sus placeres, su reposo, su sanidad y su vida al alivio de los pobres, de los enfermos, de los agonizantes, al rescate de los cautivos, á la instruccion de la juventud, y á la conversion de los pecadores, de los herejes, de los infieles. Hé aquí el espectá-

culo de caridad que ha presentado la Iglesia en todos los siglos, y presentará hasta la fin del mundo, á ejemplo y sobre las pisadas de su divino Esposo. Si nuestra vocacion nos llama á estos santos ejercicios, alegrémonos, hagamos en ella todos nuestros esfuerzos, anímemonos con nuevo ardor, y guardémonos de perder el mérito de un tan grande sacrificio, faltando á la caridad, en cosas menos considerables, que no son menos importantes, ni menos recomendadas. Si nuestra vocacion no nos llama á cosas tan grandes para el prójimo, comprendamos á lo menos la necesidad en que estamos de observar la caridad en todas las ocasiones en que podamos segun nuestro estado, y que son para nosotros indispensables. ¡Ah! ¡qué vergüenza si faltásemos en esto! ¡Con qué justicia nos desecharia Jesucristo como indignos de él y quebrantadores del grande precepto que él mismo nos ha recomendado tan expresamente!

3.º *De la recompensa de este amor...* «Vosotros sois mis amigos, «si hiciéreis las cosas que yo os mando...» Si observais el precepto que os he dado de amaros los unos á los otros, como yo os he amado á vosotros... ¡Ser amigo de Jesús! ¿Y quién será el que no desee un tal favor? ¿Queremos nosotros serlo? ¿Queremos conservarlo? Consideremos con qué condiciones se nos ofrece, observemos el precepto de la caridad, amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos. Á este precio somos amigos de Jesucristo; pero sin esto, no esperemos alguna parte en su amistad... Examinémonos, pues, sobre este plan, regulemos nuestros juicios y nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestras palabras y nuestras acciones: todo en esta materia es de la mayor importancia. ¡Ah! bienaventurado el que tiene el corazon lleno de caridad, que vela incesantemente por no ofenderla en nada, y que todos los dias trabaja con su dulzura y con sus buenos oficios para aumentar en sí la caridad! Pidamos á Jesucristo esta divina virtud para poder entrar en el número de sus amigos.

PUNTO III.

De la dignidad de los cristianos.

1.º *Por la revelacion...* «No os llamaré ya siervos, porque el siervo «no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque os he hecho saber todas las cosas que he entendido de mi Padre...» La revelacion que Dios hizo á los primeros hombres, y que hizo despues á los judíos por sus Profetas, era solo un breve vislumbre, un crepúsculo que empieza á nacer. Apareció despues Juan

como una aurora que anunciaba el próximo nacimiento del sol; pero la revelacion que Jesucristo ha hecho á su Iglesia es un dia lucidísimo en que todos los secretos de la naturaleza divina, todos los designios de Dios, sus caminos, tanto por lo que mira al tiempo, como por lo que mira á la eternidad, tanto sobre los buenos claramente como sobre los malos, todos los misterios de su Hijo y del Espíritu Santo, todo está expuesto á los ojos de nuestra fe. Jesús, pues, nos trata como amigos, y á nosotros toca entrar en su mas íntima confianza, meditando y aplicándonos los divinos misterios que él nos ha revelado. Pero si nosotros lo despreciamos, si no tenemos cuidado de instruirnos de ellos, y solo pensamos en ellos acaso y superficialmente, ¿ignoramos por ventura que un tal desprecio nos puede hacer caer de esta gloriosa cualidad de amigos, y nos expone á todos los castigos destinados á los enemigos del Salvador?

2.º *Por la eleccion...* «No me elegisteis vosotros á mí, sino yo os «he elegido á vosotros, y os he destinado para que vayais y lleveis «fruto, y que vuestro fruto sea duradero, para que cualquiera cosa que pidais en mi nombre á mi Padre os la conceda...» Jesucristo ha elegido sus Apóstoles, y todos sus Apóstoles, á excepcion del traidor Judas, han cumplido las obligaciones de su eleccion, han ido, han recorrido el universo, han hecho fruto, han convertido las naciones; su fruto dura, han fundado la Iglesia que subsiste, todo lo que han pedido á Dios en nombre de Jesucristo se les ha concedido, hasta los mas estrepitosos milagros. Despues de los Apóstoles han sido elegidos otros para sucederles, para continuar su obra, para conservar la Iglesia, y extenderla siempre mas. Esto es lo que se hace aun en nuestros dias, y se hará tambien hasta la fin de los siglos; y este fruto de la eleccion de Jesucristo subsistirá eternamente en la Iglesia triunfante. Despues de haber admirado la ejecucion del todo divina de estas palabras del Salvador, y despues de haberle dado por ellas las gracias, hagamos su aplicacion. Si yo estoy en la Iglesia solo en el número de los simples fieles, esto no impide que pueda decir: no soy yo el que he elegido á Jesucristo, es él el que por un favor especial me ha elegido á mí para darme la verdadera fe de que tantos otros están privados: si me ha ensalzado á cualquier grado superior, si me ha sacado del mundo y consagrado especialmente á su servicio, él es el que me ha elegido; mi reconocimiento y mi humildad deben crecer á proporcion de sus beneficios. ¡Ay de mí! veo muy bien, ó Señor, el insigne favor de mi eleccion; pero no veo los frutos de ella. He estado, he trabajado, me he em-

pleado en el mundo; pero ¿dónde están los frutos, las virtudes, los méritos, aquellos frutos que deben durar en la bienaventurada eternidad? ¿No he llevado yo, al contrario, como Judas, en la santidad de mi estado frutos de reprobacion, de traicion, de pecado y de escándalo? ¡Ah! si así es, la culpa es mia, me puedo lamentar solo de mí; porque si yo era por mí mismo débil y flaco, podia, pidiéndolo, obtenerlo todo.

3.º *Por la caridad...* «Esto os mando, que os ameis los unos á «los otros...» ¿Qué religion es, pues, la religion cristiana, en que todas las leyes se reducen á la caridad? ¿Podremos nosotros excusarnos de observar una ley tan dulce y tan llena de amor? El Salvador nos ha dado tambien ahora dos nuevos motivos de practicar esta excelente virtud; esto es, la revelacion que nos ha hecho de sus misterios, y la eleccion que ha hecho de nosotros para revelárnoslos. ¿Seria posible que no nos amásemos nosotros, escogidos por nuestro divino Maestro para conocer las mismas verdades, para profesar la misma fe, para participar de los mismos Sacramentos, para estar unidos bajo la autoridad de una misma cabeza, y finalmente destinados á reinar eternamente juntos? ¿Podremos nosotros no amarnos? Á la medida que nuestra eleccion es mas particular y nuestra union mas estrecha, debe ser tambien mas grande nuestra union y mas ardiente. El que no ama sus hermanos, dice el Apóstol de la caridad, está en estado de muerte. San Juan habla aquí de los simples fieles, y con mas razon se debe entender de los sacerdotes, de los religiosos, de los pastores, de los Apóstoles. El precepto de amarse entre sí lo enderezó Jesucristo inmediatamente á los Apóstoles para que lo anunciaran á todos los fieles, y la caridad reúne todos los miembros entre sí, y los reúne á su cabeza.

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Jesús, esta preciosa caridad; nada pueda apagarla ni disminuirla en mi corazon. Haced que vuestro amor more en mí, y yo more en vuestro amor. Concededme el socorro de vuestra gracia, con ella me esforzaré, segun el aviso de la Cabeza de vuestros Apóstoles¹, á hacer cierta, firme, constante y eterna mi eleccion por medio de mis obras. Santos Apóstoles, que tan fielmente habeis correspondido á vuestra eleccion, esforzad y dad valor á mi súplica con vuestra poderosa intercesion. Amen.

¹ II Petr. I, 10.